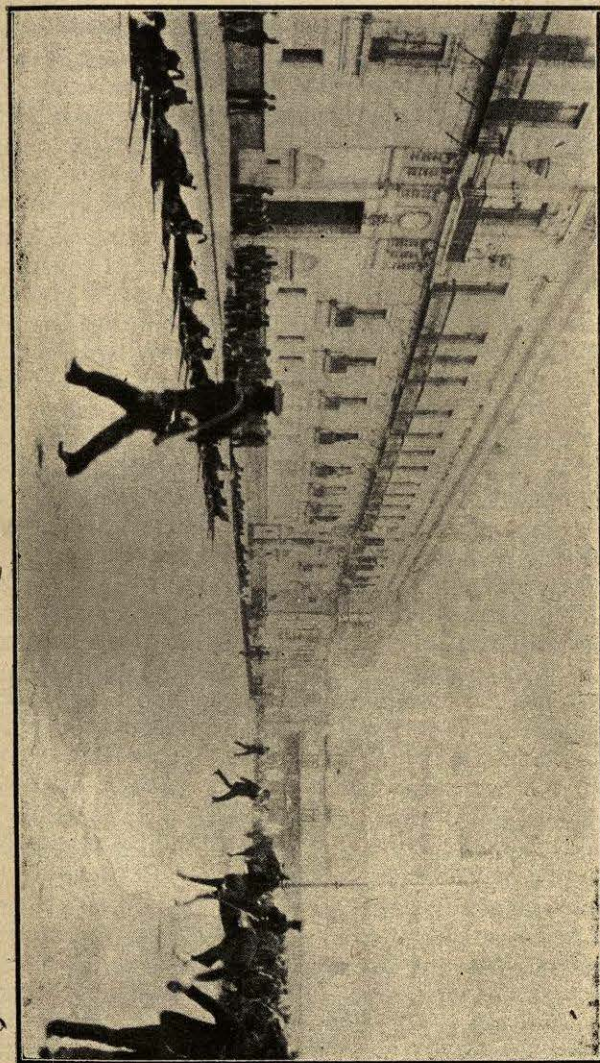


central y bajó con sus acompañantes para cerciorarse personalmente de la realidad. Los Aspirantes y soldados, al reconocerlo, lo aprehendieron e internaron en una de las cocheras, advirtiéndole que se dispusiera a morir, pues pocos momentos después sería fusilado.

Algunos minutos más tarde y avisados de lo que ocurría, llegaron al mismo tiempo al Palacio Nacional los Generales Angel García Peña, Ministro de la Guerra y don Lauro Villar, Comandante Militar de la ciudad de México, quienes, con todo valor, se impusieron a los soldados y Aspirantes, y en vibrantes arengas condenaron su actitud antipatriótica. Un Aspirante disparó sobre el señor Ministro de la Guerra, hiriéndolo muy levemente en el hombro izquierdo; el Ministro recibió, además, una herida en el carrillo derecho al saltar los cristales de una ventana por los disparos de otro de los Aspirantes. Ambos jefes se impusieron, podemos asegurar que por efectos de la disciplina, a los sublevados, a quienes llenó de estupor el valor de aquellos dos respetables militares encanecidos al servicio de la Patria, y ese momento de vacilación fué aprovechado para cambiar rápidamente por fuerzas leales la guarda del Palacio, reducir a prisión a los soldados y Aspirantes y libertar a don Gustavo A. Madero.

Ya el Palacio en poder de las fuerzas leales bajo las órdenes directas del Gral. Lauro Villar, el Ministro de la Guerra se dirigió al Castillo de Chapultepec, poniendo al señor Presidente en antecedentes de todo lo ocurrido. Con el Primer Magistrado se encontraban algunos miembros de su Estado Mayor y personas de su amistad, así como un piquete de guardias presidenciales, gendarmería de la montada y los alumnos del Colegio Militar. Consideró que su puesto como Presidente de la República estaba en el Palacio Nacional, y a las seis de la mañana abandonaba Chapultepec, rodeado de los suyos, después de besar y despedirse por la última vez,— cosas del destino—de su abnegada esposa, quien le



acompañó con la vista hasta perderlo completamente entre los árboles del Paseo de la Reforma.

Entretanto, los sublevados abandonaron la Penitenciaría regresando al centro de la Ciudad por las calles de Lecumberri y de la Moneda, hasta llegar al Palacio Nacional, ocupando, además, las calles de San Francisco, Cinco de Mayo y Diez y seis de Septiembre, así como el Portal de Mercaderes.

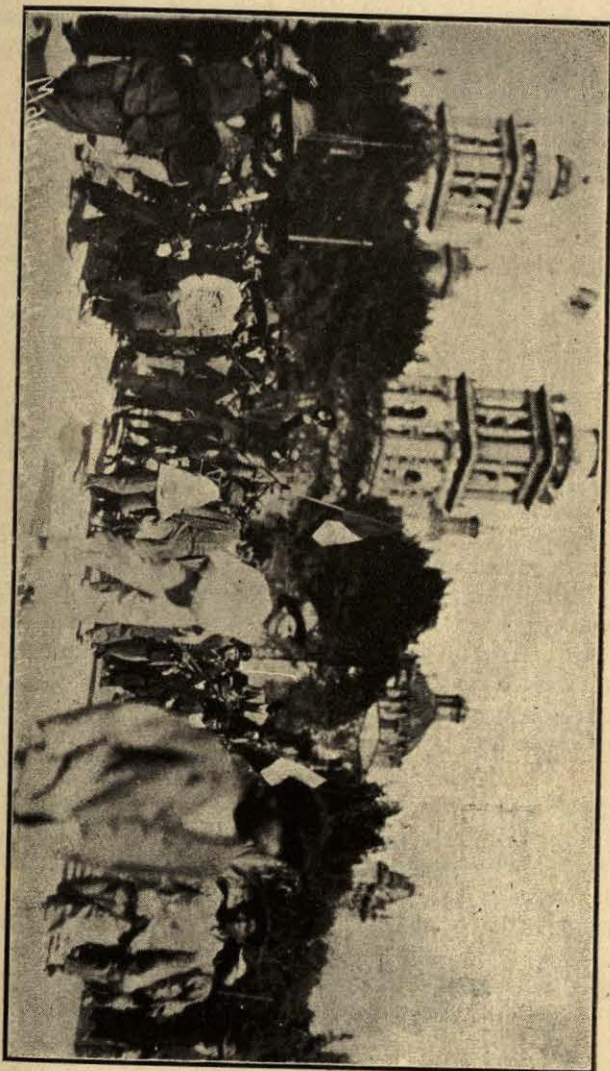
Las alturas del Palacio estaban coronadas de soldados leales; de uno a otro extremo del mismo y dando frente a la Plaza de la Constitución, estaban tendidos pecho en tierra soldados del 11º Batallón y se habían emplazado dos pequeños morteros y seis ametralladoras en las puertas de Palacio. Por las calles del Reloj desembocó el primer piquete de sublevados trayendo a la cabeza al Gral. Gregorio Ruiz, que adelantándose a sus soldados se acercó paso a paso de su cabalgadura hasta la puerta central del Palacio Nacional, creyendo fundamentalmente que estaba en poder de los suyos. El Gral. Lauro Villar, con voz fuerte, le preguntó en qué actitud se acercaba con aquellos soldados y por toda contestación recibió un socarrón "ríndete, Lauro, ríndete." Con voz más fuerte, el Gral. Villar le intimó para que bajase del caballo y no obteniendo resultado alguno, rápidamente se le acercaron él y don Adolfo Bassó, Intendente de Palacio, apuntándole con sus pistolas al pecho. Ante su actitud resuelta, el Gral. Ruiz se rindió, siendo inmediatamente desarmado y hecho prisionero.

Pocos momentos después y ya en la seguridad de que Palacio estaba en poder de los sublevados, desembocó al frente de algunos Aspirantes y soldados el Gral. Bernardo Reyes, dirigiéndose como su antecesor hacia la puerta central. A unos cuantos pasos, le intimó rendición el Gral. Villar; pero como el grupo siguiese avanzando, dió órdenes de "fuego," empenándose una lucha encarnizada que duró de cinco a diez minutos. Don Adolfo Bassó personalmente apuntó y disparó una ametralladora colocada en la puerta central del Palacio, que

atribilló a balazos al Gral. Reyes, quien cayó muerto inmediatamente.

Cuando cesó el tiroteo, la Plaza de la Constitución presentaba un aspecto desolador: más de cuatrocientos cadáveres y mil heridos habían quedado regados sobre el pavimento, y la mayor parte eran no combatientes, pues la paralización del tráfico de los tranvías eléctricos y la ansiedad de todos por tener noticias acerca de la sublevación, habían congregado varios miles de personas en la Plaza de la Constitución, frente al Palacio Nacional. Félix Díaz, probablemente avisado con oportunidad, y temeroso de correr igual fracaso que sus camaradas, después de arengar a los soldados, Aspirantes y particulares que lo acompañaban, siguió por la Avenida Juárez rumbo a la Ciudadela, de la cual se apoderaron sin resistencia porque la mayoría de los oficiales de la guarnición formaban parte del complot, y el Gral. Villareal, Jefe de la Ciudadela y hombre de honor, fué aprehendido y fusilado inmediatamente.

El señor Presidente de la República, que al principiar el tiroteo llegaba al final de la Avenida Juárez y principio de la de San Francisco, frente al Teatro Nacional, esperó el resultado del combate que se efectuaba para seguir su camino. Algunos disparos dirigidos contra su persona y que causaron la muerte a un policía que se encontraba a dos pasos de él, le indicaron que por los edificios de "La Mutua" y algunos adyacentes se encontraban elementos felixistas y a instancias de sus acompañantes penetró al edificio que ocupa la Fotografía Daguerre. Allí se le reunieron el Gral. Victoriano Huerta; el Ministro de Gobernación, Lic. Rafael L. Hernández; el Ministro de Fomento, Ing. don Manuel Bonilla; el de Hacienda, don Ernesto Madero; el Gral. de la Vega, Inspector Gral. de los Cuerpos Rurales y algunas otras personas. Gran cantidad de pueblo se agrupó frente a la fotografía y algunos ciudadanos, espontáneamente, dirigieron la palabra al pueblo en los momentos en que el señor Madero aparecía en los balcones de



Llega Madero al Palacio
Nacional en la Decena Trágica

la casa y era ovacionado estruendosamente por la multitud.

Pocos momentos despues, llegaron los Capitanes Garmendia y Montes, ayudantes del señor Presidente, con datos exactos sobre los acontecimientos de Palacio; y el señor Presidente Madero, montando nuevamente su caballo, siguió, rodeado por algunos cadetes y soldados, rumbo al Palacio Nacional, siendo estrepitosamente ovacionado por el pueblo en todo el trayecto, por su valor y entereza de ánimo demostrados en aquellos momentos tan difíciles.

Al Gral. Lauro Villar que en los breves instantes de lucha en el Palacio Nacional, cayó, de los primeros, herido en el hombro izquierdo, tuvo que relevársele del puesto de Comandante Militar de la Plaza, y el Gral. García Peña nombró, en sustitución de aquel, al Gral. Victoriano Huerta, sin consultar su nombramiento con el señor Presidente de la República. Desde ese momento, puede decirse, el destino del Gobierno y la vida misma del señor Presidente, estaban en manos de Victoriano Huerta; los planes preconcebidos de mutuo acuerdo con Félix Díaz, se desarrollarían en su oportunidad y tendrían como fin el derrocamiento de un Gobierno legítimamente constituido y apoyado por la inmensa mayoría del pueblo mexicano, y todo para satisfacción de sus ambiciones personales.

Ya en el Palacio Nacional recibió el señor Madero la noticia de que Félix Díaz se había posesionado de la Ciudadela, y después de conferenciar con los Ministros y los Generales que lo acompañaban, se dispuso que un escuadrón de gendarmes montados y un piquete de soldados fueran desde luego a batir a Félix Díaz, o a estrechar, cuando menos, un círculo para poder, más tarde, con mayores elementos de combate, ir a una victoria segura.

Algunos Jefes de la Policía que estaban de acuerdo con los sublevados, se cambiaron con todas sus fuerzas,

y cosa semejante sucedió con los soldados que se mandaron a batir a Félix Díaz.

La Comisión Permanente de la Cámara de Diputados, en vista de los acontecimientos que tenían lugar, se reunió inmediatamente la misma mañana del domingo, dispuesta a conceder, como lo hizo, al señor Presidente de la República, amplias facultades en los ramos de Hacienda y Guerra.

Se ordenó el fusilamiento del General Gregorio Ruiz, y el que más empeño tomó en que fuera pasado por las armas, aun sin permitirle algunos momentos para hacer su testamento, fué el General Victoriano Huerta, quien mandó al Capitán Federico Montes que con un pelotón del 110. Regimiento fuese a cumplir inmediatamente la orden de fusilamiento. Esta fué ejecutada como a las once de la mañana en los jardines del Palacio Nacional. Parece que el General Ruiz sabía perfectamente el acuerdo existente entre Félix Díaz y Huerta, y temeroso éste de que fuese a delatarlo y echase abajo sus planes, fué el que más empeño tomó, repetimos, en que desde luego se le pasara por las armas.

Como a las doce del día llegó a Palacio un extranjero con el carácter de parlamentario de Félix Díaz, y fué llevado inmediatamente a presencia del señor Presidente de la República, a quien manifestó que Félix Díaz, deseoso de que no se alterara el orden en la ciudad, deseaba conferenciar con alguna persona cercana al Primer Magistrado para arreglar el modo más conveniente de conservar el orden, y con este motivo el Inspector General de Policía, Mayor Emiliano López Figueroa, se ofreció a ir a entrevistar a Félix Díaz. Al llegar a la Ciudadela fué aprehendido inmediatamente, no poniéndosele en libertad sino después de la aprehensión de los señores Presidente y Vicepresidente de la República.

Hay que hacer notar que los felixistas, al tomar la Ciudadela, atacaron con artillería desde el relox de Bu-

careli y con fuerzas de infantería el Cuartel de Guardias Presidenciales, que pudo sostenerse con todo valor durante una hora, siendo al fin vencido; y aprehendidos cerca de cuarenta guardias que fueron llevados a la Ciudadela, donde se les proporcionaron armas y municiones y se les puso un centinela a cada uno para asesinarlos inmediatamente si no disparaban contra los soldados leales que fueran a atacar a los sublevados.

Siendo tan reducido el número de fuerzas leales con que contaba el Gobierno, y no obstante que desde luego se telegrafió a varios destacamentos cercanos para que inmediatamente se reconcentraran en la Capital, el Presidente Madero consideró más eficaz ir él personalmente al Estado de México o al de Morelos, para reunir violentamente las fuerzas del Gral. Blanquet o del Gral. Angeles y marchar desde luego sobre la Metrópoli. Esta decisión fué tomada en breves momentos de plática con los señores Ministros, y la llevó a cabo sin participarlo a personas extrañas de su Gabinete. Acompañado de sus ayudantes Capitanes Gustavo Garmendia y Federico Montes, y de los señores Alejandro Martínez Ugarte, Alfredo Alvarez y Elías de los Ríos, hizo el viaje en un automóvil descubierto calándose unas gafas de automovilista y cubriéndose la barba con una bufanda para evitar ser reconocido durante el trayecto. Varias veces fué detenido el automóvil por destacamentos de la policía, lográndose con habilidad que le franquearan el paso; y muy especialmente en Topilejo los Jefes del fuerte destacamento de federales y rurales impidieron terminantemente el paso, no obstante que los Capitanes Montes y Garmendia se dieron a reconocer con el Jefe de la guarnición y le indicaron que llevaban una comisión urgente del Gobierno cerca del Gral. Felipe Angeles. Hasta despues de obtenida una dificultosa comunicación telefónica con Tlalnepantla y que el Jefe del destacamento pudo cerciorarse plenamente de la personalidad de los referidos capitanes, se les permitió el paso. Desde ese momento, se entraba en la vasta región invadida por los